



PERIODICO PARA TODOS

Administración:
CH 1236 CARTIGNY/GE
Suiza

PUBLICACION QUINCENAL

Subscripciones
Suiza, 1 año . . . Fr. 5.--
Otros países . . . \$ 3.--

Una herencia que procura la vida

Exposición del Mensajero del Eterno

LOS seres humanos dan mucho valor al oro, a la plata, e incluso al papel moneda, pero estas cosas no tienen un valor real; sólo tienen el valor que los humanos les atribuyen. En el Reino de Dios, el único valor real que cuente será el amor. Es por lo que el apóstol Pedro dice: "No habéis sido rescatados de vuestra vana manera de vivir con cosas corruptibles como oro o plata, sino con la sangre preciosa del Cordero, derramada por amor y compasión por los pecadores."

La Casa de Dios es edificada únicamente con el amor, la benevolencia, la bondad, la fidelidad. ¡Cuánto bien nos hace poseer la paz del corazón, sentir alegría y felicidad en contacto con amigos que nos comprendan, porque tienen la base verdadera, la base divina que es el amor! Podemos probar científicamente que el amor es la vida. El adversario ha servido a los hombres el amor diabólico que produce dolores, lágrimas, un resultado desastroso y una terrible cosecha.

El Eterno quiere fundar hoy una familia totalmente nueva. Esta familia es capaz de acoger, con toda la benevolencia del amor divino, a la familia de Adán, azotada por la tempestad, corrompida y profundamente desgraciada. Para realizar este programa, es preciso pasar por la escuela de Cristo que nos transforma, nos ennoblece y nos hace aptos para recibir a los humanos en un ambiente de bendición que los atrae al Reino.

Las diferentes pruebas que nos alcanzan nos purifican, como el fuego del fundidor limpia el oro de toda su escoria. Por eso, el apóstol Pedro dice: "No os asombréis del fuego revelador que está en medio de vosotros para probaros." Tan pronto como renunciamos, todo va muy bien. Cuando no renunciamos, las llamas de la prueba nos lamen y nos queman. Cuanto más resistimos, más quemantes son las llamas. A veces, vienen a ser tan intensas, que nos ocasionan dolores de aúpe si seguimos con la resistencia.

Los humanos tendrán que pasar también por el proceso que les conducirá a la sana noción de las cosas y que los libraré de la terrible sugestión que los circunda, impidiéndolos comprender los caminos divinos y regocijarse con ellos. El Eterno dice por el profeta Malaquías que El será como el fuego del fundidor, como la potasa de los bataneros.

El que sabe lo que es la potasa comprende el significado de estas palabras. La potasa produce un efecto violentísimo. Si por ejemplo ponemos una mano en la potasa, las uñas caen inmediatamente, luego la carne, e incluso los huesos acaban por ser completamente consumidos.

Por tanto, con un ingrediente de este género, hay medio de quitar todas las impurezas de los corazones, y el egoísmo es extirpado hasta en sus últimos reductos. Entonces sólo queda el amor divino hecho de compasión, de benevolencia y de bondad.

Es Cristo quien hereda a toda la humanidad, pero tiene también todo el trabajo de reforma que ejecutar en ella para restaurarla completamente. El ya tiene un inmenso trabajo para escogerse a una esposa durante diecinueve siglos. ¡Qué paciente aguante! Todos los que se presentan son aceptados, y nuestro querido Salvador los guía con una perseverancia y una paciencia incansables. El los protege, los conforta, los consuela y los estimula, porque se necesita una educación de cada minuto, e incluso de cada segundo, para lograr la transparencia.

Sin embargo, el Hijo muy amado de Dios consiguió encontrar ciento cuarenta y cuatro mil asociados. Antes pensábamos que este número sería hallado en muy poco tiempo. Hoy, cuando nos medimos con la medida conveniente, comprendemos fácilmente que se hayan necesitado diecinueve siglos para escoger las joyas de la corona del Eterno, para educar a los que deben realizar la transparencia de la Jerusalén celestial.

El programa que está delante de los consagrados no es difícil. Sin embargo, se trata de tomar a pecho los principios y darles valor en todas las circunstancias. Este es el método que conviene seguir para edificar un bello carácter divino. Debemos acordarnos de que, si queremos ser herederos de Dios, coherederos con Cristo y miembros de su cuerpo, debemos sacrificarlo todo a este magnífico ideal, y esto requiere la fe.

Todo es metódico y sensato en los caminos divinos. Para adquirir la fe, es preciso ser muy sincero y recto, de lo contrario sólo se adquiere la credulidad. Son, pues, principios fijos que tenemos delante de nosotros. Si los seguimos con fidelidad, obtendremos un resultado muy bello.

Como norma general, no hay que tenerle nunca rencor a nadie. En virtud de este principio, si nos ponen detrás, nos decimos: "Es excelente para ayudar a la muerte de tu viejo hombre". Pues hay aún la costumbre de acariciar al viejo hombre y evitar lo que le podría provocar la muerte.

Si tenemos la fe de que todo concurre para bien de los que aman a Dios, nos alegramos, incluso cuando nos combaten y nos contrarían. Aceptamos la prueba sin pestañear, puesto que estamos persuadidos de que a un hijo de Dios no se le puede ocasionar ninguna real desventaja. A menudo han procurado desaventajarme, pero

el Señor ha compensado tanto que finalmente tenía más que antes.

Por tanto, es imposible ocasionar desventajas a un hijo de Dios. Si queremos experimentarlo, es necesario también que realicemos una santa reverencia delante del Eterno, que tengamos una actitud digna en su asamblea. Una asamblea puede ser santa o no serlo de ningún modo; todo depende de los sentimientos que tienen los que la componen.

La asamblea de los hijos de Dios está compuesta de personas deseosas de vivir el programa divino por la fe. Si tenemos la fe de que el Señor está en medio de nosotros, esta convicción se traduce en una alta reverencia y una profunda consideración hacia el Eterno. Entonces hay santidad en la asamblea. El fluido vital circula en ella y el Eterno puede bendecir con abundancia.

Nadie se hubiera atrevido a disputarle el derecho de herencia a Esaú, ni siquiera su hermano Jacob; pero Esaú no le daba ninguna importancia. En un momento de descuido, dijo a Jacob: "Te vendo mi derecho de primogenitura." En cambio, Jacob tomó la cosa en serio; tuvo la fe y obtuvo un resultado según su fe.

En el seno de la nación de Israel todo fue también magníficamente acondicionado por el Eterno. Este pueblo fue especialmente preparado para la venida de Cristo, pero no le reconoció, e incluso fue su enemigo. Los judíos ocupaban el primer puesto para recibir a Cristo. Pues tenían la ley, y los profetas les anunciaron al Mesías, pero no quisieron saber nada de él.

En nuestros días también, las gentes religiosas estarían en el primer puesto para recibir el magnífico mensaje de la vida eterna, y deberían regocijarse de este mensaje; pero no lo aprecian más que Esaú su derecho de primogenitura, ni más que los judíos apreciaron al Mesías. Son otras personas que los substituyen. La mayoría de éstas son consideradas como incrédulas por los seguidores de las religiones, aunque entren primero que ellos en el Reino de Dios, El Señor dijo a los judíos: "Los pecadores y las mujeres de mala vida entrarán antes que vosotros en el Reino."

Para entrar en el Reino de Dios es indispensable adquirir una nueva mentalidad, que despierte en nosotros el amor divino. Cuando nos une el amor divino y los intereses del Reino de Dios, el Señor puede hacer con nosotros cosas maravillosas. En cambio, no puede hacer nada con los que se pelean y no se aman, que no tienen amor en su corazón, incluso si poseen muchas capacidades.

Lo que el Eterno pide de nosotros es el amor. La Palabra divina declara: "El que ama cono-

ce a Dios, el que no ama, nunca le ha conocido." A menudo hemos constatado en medio de nosotros formas de proceder no basadas en el amor divino. Hay que buscar el bien, lo justo y lo bueno, y dejar todo lo demás a un lado.

Si hacemos las cosas por la fe, la bendición es segura. Cuando esparcimos el mensaje, si somos mal recibidos, cubrimos el déficit con nuestro amor. Así, si no hemos colocado mucha literatura, pero que hemos cubierto muchos defectos, de todos modos, hemos hecho un maravilloso trabajo. Es así como nuestro querido Salvador cubre a la pobre humanidad con su benevolencia. Queremos recordarlo siempre, y cubrir a nuestro prójimo con nuestro amor, cada vez que se presente la ocasión.

También importa que nuestro amor no disminuya, sino que siempre se alimente en las fuentes cristalinas que salen de las moradas del Altísimo. Si nos reciben y aceptan nuestro mensaje, nos alegramos, si no lo aceptan, nuestro amor tiende entonces el puente. Así nuestro corazón permanece tranquilo, porque siente la bendición, el gozo y el consuelo del espíritu de Dios. Es así como siempre hemos de ser abastecidos por la gracia divina.

El Señor Jesús no se desalentó, aun cuando sus discípulos no le comprendieran, y él ilustró siempre el programa divino al vivirlo. En cuanto a Judas, no hay que suponer que estuviera siempre en mala situación de corazón. Al contrario, en ciertos momentos él estaba en muy buena posición; pero tenía una debilidad, y es ésta que le perdió.

El apóstol Pedro tenía también una debilidad, pero se recobró. De este modo, la última gota que hace desbordar el vaso no cayó, mientras que Judas no pudo recobrase. Nada le faltó a Judas de parte del Señor. El Maestro no le tuvo rencor, pero Judas fue demasiado lejos en su pasión, y su mentalidad no pudo restablecer el equilibrio. Mientras tenemos la sensibilidad necesaria para discernir nuestras faltas y que nos arrepentimos sinceramente delante del Eterno, podemos sentir su benevolencia, su perdón y salir a flote.

Nuestro querido Salvador encontró muy poco eco entre sus discípulos. En efecto, todos le abandonaron en el momento en que hubieran debido precisamente estrechar filas a su alrededor, para demostrarle su confianza y su cariño. Cerca de la Pascua, los discípulos le preguntaron al Maestro cuál de ellos sería el mayor en el Reino. Esta no era por cierto una pregunta que hacerle cuando se encontraban tan cerca del grande examen. Además, la madre de los hijos de Zebedeo le pidió también al Señor que sus dos hijos estuvieran sentados uno a su derecha y otro a su izquierda, para que fuesen los primeros.

Cuando vino una mujer a derramar sobre nuestro querido Salvador este perfume de mucho precio, con el cual le quiso ungir como prenda de gratitud y de afecto, los discípulos se indignaron y encontraron que era un desperdicio. Esto denotaba una falta de atención inimaginable. En efecto, el acto que hizo no era asunto suyo. No era su dinero que había sido empleado, y la mujer era del todo libre de hacer con él lo que le pareciera bueno. Como ella le tenía una alta estima y una profunda gratitud al Señor, deseaba probárselo.

Con estos hechos vemos qué mísera mentalidad era aún la de los discípulos en ciertas ocasiones. Por eso, a veces debía de ser penoso para nuestro querido Salvador. Es antes

de la última Pascua que el Señor pasaba con sus discípulos que se manifestaron semejantes cosas. No por esto nuestro querido Salvador se cansó de llevar a sus queridos discípulos en su corazón. Judas se fue por sí mismo, y no le despidió para nada el Maestro.

Pedro, por su parte, no se fue. El se sintió muy desdichado después de su caída, y se esforzó con todo su corazón en volver a entrar en contacto con el Señor. Los reproches que le hizo nuestro querido Salvador eran muy tiernos, puesto que se traducen en estas palabras: "¿Me amas?" El Maestro le hizo esta pregunta tres veces seguidas, y luego de la respuesta afirmativa de Pedro, le dijo: "Apacienta mis ovejas... apacienta mis corderos."

Cuando hacemos el bien en nuestro entorno, esto agrada al Señor. Si logramos devolver bien por mal, le agradamos aún más. Esta línea de conducta destruye completamente nuestro carácter ilegal. El plan de amor del Eterno es maravilloso. Como consagrados y miembros del cuerpo de Cristo debemos ocuparnos actualmente de nuestros queridos hijos del Ejército del Eterno. Sin embargo, muchos consagrados prefieren su familia según la carne a los hijos que el Eterno les da.

No obstante, los hijos procedentes de la carne no nos han sido dados por el Señor, sino por el adversario. Ellos no fueron procreados bajo la influencia del espíritu de Dios, sino para satisfacer una pasión, y no es Dios quien despertó esta pasión en nosotros. El Señor nos da ahora hijos que son del Ejército del Eterno. Conviene amarlos, rodearlos de afecto, estimularlos, sostenerlos, enseñarles el recto camino y formar con ellos la nueva familia.

Por consiguiente, la herencia del pequeño rebaño es el Ejército del Eterno. La herencia de los miembros del Ejército del Eterno es la tierra que ellos heredan con todo lo que sus padres espirituales les han preparado, y son coronados de una alegría eterna. Nos sentimos profundamente regocijados de un programa tan glorioso, y de poder ser coherederos con Cristo, a fin de disfrutar de alegrías eternas delante de la faz del Señor y permanecer en las moradas de la gracia divina.

Los pobres seres humanos se ven obligados a morir con dolor, porque no quieren seguir el buen y recto camino, creando pieza por pieza su propia desgracia. Cuando un carácter está demasiado deformado, es menester grandes esfuerzos para transformarlo, lo mismo cuando uno ha tomado cualquier veneno, debe tomar el contraveneno, de lo contrario se muere. El amor divino, el único remedio contra el egoísmo, es el contraveneno que nos permite vivir.

Hoy día, hay igualmente todo para ser feliz, sentir alegría y felicidad, pero conviene seguir la hilera. Si recibimos un beneficio, es preciso ser agradecidos; es absolutamente necesario para nuestra prosperidad espiritual y física. Es como cuando hemos comido un buen alimento, es menester que lo podamos digerir, para que no permanezca indefinidamente en el estómago, lo cual sería nocivo.

Por lo tanto, debemos ser agradecidos, para que el circuito de la vida pueda manifestarse. El que come cosas buenas y las digiere, recibe a cambio fuerza. El que es agradecido recibe igualmente a cambio alegría y satisfacción en su alma. La alegría es el producto de la gratitud. El resultado de una línea de conducta legal, es la bendición, lo mismo que resulta la vida del producto del trabajo de los órganos de nuestro cuerpo.

El producto del amor verdadero es el nacimiento de todo un pueblo. En efecto, este es el producto del amor de nuestro querido Salvador, a quien se asocian sus discípulos. Estos son fieles hasta la muerte, siendo por lo que heredan al Ejército del Eterno, y de esta santa milicia reciben su maravilloso afecto.

Un hombre no puede vivir sin afecto, porque el afecto del corazón es todo. El Ejército del Eterno recibe como herencia la tierra con todo lo que el pequeño rebaño le ha preparado, y se lo agradece con todas las fuerzas de su alma. Prorrumpan en cantos de alegría, trayéndole al pequeño rebaño el homenaje de su gratitud y de su cariño.

El paso del pequeño rebaño en la tierra será un recuerdo eterno de gloria; por eso no tenemos intención alguna de vender nuestro derecho de primogenitura por un plato de lentejas, ni queremos correr detrás de varios objetivos a la vez. Si el adversario viene a cuchichearnos toda clase de cosas al oído, no queremos saber nada de su verborrea que no nos interesa para nada. La única cosa que nos interesa, es asociarnos a los caminos del Señor, estar ligados a él para introducir su Reino en la tierra.

Estamos bien persuadidos de que, si el Señor es con nosotros, nadie podrá ir contra nosotros. Queremos, pues, trabajar con toda la fuerza de nuestra alma por el establecimiento del Reino de Dios. No expresamos sólo nuestro deseo en la oración, diciendo: "Venga tu Reino", sino que trabajamos día y noche en esta realización, porque sabemos que este Reino vendrá. Lo vemos ya despuntar, y estamos en un gozo desbordante al ver aproximarse al Ejército del Eterno.

Yo amé al Ejército del Eterno antes de que ninguno de sus miembros tuviera conocimiento de su llamado y se presentara. Cuando resonó el llamado, vi incluso a hombres de determinada estatura venir hacia mí, estrecharme la mano y decirme: "Yo soy del Ejército del Eterno y le saludo a usted con el respeto debido a un miembro del pequeño rebaño." Así es como la bendición y la gloria de Dios se manifiestan en el seno de su pueblo. Por tanto, queremos tomar a pecho este hermoso ideal y realizarlo, trayéndole homenaje al Eterno en lo más hondo de nuestro ser.

Preguntas para el cambio - del carácter -

1. ¿Hemos podido dar algunas pruebas de nuestra filiación con el Eterno por nuestros esfuerzos de sumisión, de humildad y de amor desinteresado?
2. ¿Apreciamos todo lo que hace morir nuestro viejo hombre, tal como las contrariedades, el menosprecio, las humillaciones?
3. ¿Tenemos en asamblea la actitud llena de reverencia y de fe que permite sentir intensamente la presencia del Señor?
4. ¿Sabemos cubrir al prójimo que encontramos en la evangelización o en cualquier otra ocasión?
5. ¿Hemos podido tender el puente en todas las dificultades y dar constantemente la nota del Reino de Dios?
6. ¿Preferimos nuestros propios hijos a los del Ejército del Eterno, y somos fieles en el don de nuestra vida a su favor?